

CORDOBA

ACTO DE PRESENTACIÓN DE LA NOVELA

DE CARLOS GUILLERMO NAVARRO

"POR LAS RUTAS DE LOS MARES"

(Librería ANAQUEL, lunes, 28/ octubre/ 2002)

.....

Son necesarios los excursos a diario, dejar las obligaciones y sumergirse plenamente en el de las emociones o devociones, si no queremos convertirnos un buen día en un remedo fiel del Gregorio Samsa de *La metamorfosis* kafkiana. Somos la realidad que fabricamos y no la que ofrecemos fruto de la ceremonia diaria; tal vez por ello la necesidad del excurso, la ruptura con el encorsetamiento y la medida impuestos con aviesas intenciones. A Carlos Guillermo Navarro no lo conozco sino desde la esencialidad, cuando uno se encuentra a solas y se fabrica un mundo que algunas veces nos rebasa y adquiere vida propia, como es el cosmos literario; Valle-Inclán a través del visionario Max Estrella de la bohemia decimonónica nos dice: *las cosas que toco no necesito verlas*. Creo yo vislumbrar de este modo a Carlos Guillermo a través de sus páginas.

Los grupos de teatro independiente, ajenos a las salas comerciales en cuanto a los repertorios que presentaban, tiraron de Carlos en los años 70, hasta el punto de fundar en Málaga -donde reside- el grupo Cascao. La experiencia duró siete años desde la primera obra *El juglar y el silencio*, que tenía como referente *Quejío* de La Cuadra, y en la que se entremezclan las canciones populares y las aportaciones flamencas -Utrera, lugar de origen de Carlos, tiene mucha tradición como se sabe-. Diversos autores de cuentos hubieron de dejarle poso suficiente como para titular su segunda obra teatral *Érase una vez...* Bastante tuvo que ver Propp como estudioso de la colección Afanasiev, que generó la publicación de su famosa *Morfología del cuento*.

Se pueden atisbar constantes en su obra que superan la coyuntura y el momento. Una de ellas es la del compromiso, por eso de que somos seres en el tiempo, aquel que nos tocó vivir, como nos indica en la dedicatoria de **Crónicas narradas**, conjunto de relatos escritos entre octubre de 1968 y mayo de 1972

Y dejo tan sólo fuera a aquellos que utilizando cuantos medios tienen a su alcance reducen a sus semejantes a una condición miserable.

Crónicas narradas es un cabalístico decálogo que se abre con la referencia alegórica a uno de los cuatro elementos -el agua- en "El torrente que nos lleva" y se cierra como si de un ciclo se tratara en "El fuego inextinguible". Los cien escasos ejemplares de este libro tienen un contrapunto feliz en la petición expresa por parte de la librería de los Congresos de Washington para que les fuera remitido uno de ellos. Se advierte en él una nota de desgarró y sinsentido, como si la sociedad se resquebrajara por cosas elementales y de forma definitiva. La muerte es elemento común, tal vez porque el pesimismo puebla las páginas narradas: unos padres que imponen amistades, un maestro que se rige por códigos muy peculiares, una joven que se niega a seguir y se va con el amanecer, como el pescador que se introduce en el útero marino, y el absurdo de bandos enfrentados irracionalmente. La soledad, el abandono, la incomprensión, el desprecio a lo distinto son notas definitorias, que tienen en un anónimo cura de pueblo ocasional viajero del relato *La carreta* como fiel representante.

Otra de las constantes que aparecen en el universo narrativo de Carlos se presenta formulado como deseo consciente en **Crónicas narradas** y se convierte en clave interpretativa de la novela que hoy presentamos, así formulada en la dedicatoria del conjunto de relatos

A aquellos que llegan al inevitable fin después de abandonarse

La tensión dialéctica entre "ser"/ "parecer" está presente en el germen mismo de las producciones literarias. Algunos autores lo ponen en evidencia, si cabe, con mayor énfasis, y pretendidamente o no crean personajes convertidos ya en paradigmas; pero los casos elocuentes, como el de *Lázaro de Tormes*, nos indican que algo mal debe andar la cosa para que un escudero haya de

aparentar ser lo que no es y someterse por siempre a un imperio de carencias que cobra sentido en otro imperio que de tanto no ponerse el sol permaneció en nebulosa por mucho tiempo; en tanto *D. Fermín de Pas* sigue mezclándose en el cosmos de "La Regenta" con los ciudadanos de Vetusta, entre los que hace del mundo de la apariencia un auténtico *modus vivendi*. Sí, decididamente, el forzamiento impuesto para dar una imagen que convenga de sí mismo es producto de una sociedad convencional que genera seres profundamente insatisfechos ante la irresolución del conflicto público-privado.

El mar es un concepto aceptado de forma múltiple para expresar todo aquello que no puede ser sometido a magnitudes, por lo que todo lo inefable, medible, abarcable ... han encontrado un cómplice en él. Pero el mar significa cala en que debemos asentarnos hasta retomar un nuevo rumbo, en un sentido meramente juanramoniano. Para el autor de Moguer, el tercer mar fue definitivo para encontrar la poesía pura, desnuda para siempre; a eso ha de unírsele aquella afirmación de lo grotesco como deformación para entender muchas cosas; mas si unimos una clave y otra estamos en condiciones de entender *Por las rutas de los mares*. Algo se va haciendo, pero España sigue siendo mal que nos pese una deformación grotesca de la civilización occidental. Hay como un barrunto en *Crónicas narradas*, en un relato titulado *El fuego inextinguible*, donde se abigarran fuerzas de orden público, autoridades locales y provinciales ante un incendio que bien podría haber solucionado una ordenada patrulla de bomberos en exclusiva. Un inmenso trapo se encarga de decírnoslo periódicamente en una plaza emblemática de la capital del reino, dado en llamar España.

El toque de rebato es una extensa novela, publicada en Málaga, en 1999, que fue cogiendo vuelo hasta convertirse en lo que podría considerarse una novela de tesis, con más de 550 páginas. El comienzo nos remite a una forma de la novela picaresca que sirve de pretexto al anónimo autor de *El Lazarillo*

Por aquel tiempo el caso perduraba en el recuerdo

La manía de búsqueda de respuestas concretas hacen recaer la culpabilidad de hechos pacatos e irrelevantes a alguien que pasaba por allí, como sucede con el incendio del relato *El fuego inextinguible*.

Juan Manuel del Campo Utrillos y de Romanones Bancales, el personaje-guía de "*Por las rutas de los mares*", es esperado por

su entorno familiar como el descendiente de tan alto linaje que haya de restituir a la familia al lugar que hipotéticamente ha de corresponderle. La ansiedad que genera la respuesta a los afanes del universo familiar le hace deambular entre las ramas de su genealogía y el mundo externo sin aclarar cuál ha de ser su posición en el mundo, entre la ruptura con las convenciones o la aceptación sumisa de los presupuestos sociales que pueden hacer de él un ser profundamente insatisfecho.

La incapacidad queda manifiesta en el universo externo, ya que no acierta a dar con las bases de una estabilidad futura, ante la denodada presión de unas mujeres –su madre, su tía, y su abuela, de igual modo insatisfechas-. Su antepasado indiano representa el peso aplastante de una tradición familiar que debe continuar por los caminos insondables de dos simbólicos mares, en los que pretende refugiarse de modo alternativo como si de un útero materno se tratara. El mar familiar con sus ramificaciones que él ha de completar, sin que haya indicios razonables de que así pueda cumplirse, y el otro de los compañeros de estudios; porque el otro mar tercero de la perfección, como Juan Ramón decía a propósito de la poesía desnuda para siempre y pura, no llega a ser jamás un mar explorado sino en los barruntos, las fulguraciones y ensoñaciones megalómanas.

Ese otro mar, el de la apertura a un universo distinto y más desprejuiciado, es el único que podría convertirlo en un ser plenamente realizado; del mismo modo que Andrés Hurtado, el barojiano personaje de *“El árbol de la ciencia”* explora los dos universos, el de los amigos y el familiar, y ambos le producen un desánimo profundo, Juan Manuel los acaba convirtiendo en referentes únicos. En *“El árbol de la ciencia”* Andrés sólo encuentra una respuesta lógica ante la falta de asidero que le dé sentido a su vivir diario, el suicidio, por más que alguien pontifique sobre lo absurdo de tal respuesta; Juan Manuel, por su parte, baja la guardia y se somete a un proceso de autodestrucción consciente ante la falta de respuesta. Hay abundantes páginas de introspección, de inquisiciones, en busca de sentido.

La omnisciencia de las dos primeras partes desde un observador externo, en la posición del que ha llegado a tener conocimiento de las zozobras del personaje, le permite que penetre en su mundo interior y nos haga desfilan a través de ciento treinta y cinco páginas la lucha que mantiene entre las requisitorias de abuela, madre y tía, y la experiencia directa con sus compañeros escolares Manolito Vicuña, Chico Partero y Carlos Montaner; a ellos

se les unirá como de rondón Roberto, un punto que cruza la raya con bastante facilidad. Una prostituta de carnes prietas como suprema aspiración permanentemente aplazada parece cubrir la libido del personaje momentáneamente, hasta que desaparezca víctima de las purgaciones; la presencia de Dorotea y Amapola cierra un círculo bastante reducido de lo que es una novela de personaje.

Se experimenta de este modo la sensación de que va a haber un proceso de consunción gradual acentuado por ese teje y entreteje de varios triángulos amorosos, de los que forman parte cinco personajes bajo un mismo techo, única vía posible que da salida a las estrecheces económicas de las parejas de Juanma-Dorotea y Vicuña-Amapola y la presencia de Roberto habitualmente. Hay un proceso de autofagia colectiva desarrollado, recuerda momentáneamente al normando alienado que contribuye con Manuela Cipriani a la creación de la saga de los Lambert Cipriani en el universo familiar de "Ágata ojo de gato" de Caballero Bonald. La casa va siendo el único espacio de desarrollo, ante la precariedad de las aportaciones económicas de sus moradores, la provisionalidad de los trabajos que permitan el sustento, y el flash back o saltos temporales la única manera de buscar justificación o respuesta a lo que allí sucede, con un intento de bucear en el pasado lo por venir.

La segunda parte resuelve el conflicto, con la desaparición no aclarada por envenenamiento de uno de los personajes. Desaparecen así los triángulos amorosos y el personaje central parece presto a una autoinmolación, preso de una situación de desarraigo, ante la ausencia de tablas salvadoras. Parece que el signo familiar de la enajenación mental transitoria y la muerte de su madre y su tía va a situar a Juan Manuel del Campo Utrillos y de Romanones Bancales en una dimensión real ante la que no parece haber más salida que el entreguismo. El yo narrador ocupa la tercera parte de la novela, con cincuenta y nueve páginas que son la historia de un despropósito y el cierre del otro universo restante, o ese segundo mar explorado, el de los amigos que se derrumban por la autodestrucción -Carlos Montaner- o por la soledad no resuelta del único triunfador aparente, Chico Partero. Son Dorotea y Amapola en su reformulación y reaparición momentánea las que le hacen ver hasta qué punto no merece la pena plantearse volver a empezar.

No es necesaria la desaparición física del personaje, pues él nos da las claves que hacen pensar en un final próximo:

“Nunca quise dejar un cabo suelto y en cambio todos quedaron desatados. Ni siquiera especulando con mi vida he conseguido materializar algo práctico, y como quien dice, de un soplo, he llegado a la edad en que se accede a la vejez y se concluye en la muerte”.

Es, pues, la constancia de un conflicto irresoluble lo que lleva al personaje a bajar la guardia y entregarse. Tanto la vida activa como la especulativa parece que han sido hitos particulares en los que el personaje de la novela de Carlos Guillermo Navarro no supo encontrar respuestas a sus zozobras interiores. Es la constancia también de que el mundo puede convertirnos en seres atormentados a poco que cedamos a las megalomanías. Y lo que justifica al mundo para lo bueno y lo malo no son los grandes hombres sino los incontables mediocres.

Juan Pérez Cubillo
Córdoba, octubre de 2002